

No es cuestión sólo de matices, porque tras los acentos se ocultan dos formas distintas de entender la historia de la Iglesia. Sobre la «condición continuista» del Vaticano II, y tomando prestadas palabras de Walter Brandmüller, es preciso señalar que el último concilio «no está ni más allá ni por encima ni fuera, sino dentro de la serie de concilios generales de la Iglesia». Debe ser tratado como parte de la totalidad de la tradición viva de la Iglesia.

Se inscribe precisamente en este contexto continuista, en términos incluso apasionados, el libro del arzobispo Agostino Marchetto, secretario del Pontificio Consejo de la Pastoral para los emigrantes, discípulo de Michele MacCarrone y diplomático al servicio de la Santa Sede.

El libro de Marchetto reúne, en adecuado orden cronológico, las reseñas que el autor ha publicado durante años siguiendo la bibliografía especializada sobre el Vaticano II. No es la suya una obra de síntesis, sino más bien una historiografía, atenta a la tesis continuista y polémica frente a la posición del grupo de Bolonia. Sobre todo es, como reza el subtítulo, un *contrappunto per la sua storia* [del Vaticano II]. Constituye, además, una rica fuente de información para seguir este importante debate, que abarca un arco temporal de quince años, y en el que han intervenido los historiadores de la Iglesia más significados de la última generación. Por ello, en la presentación de este volumen, el cardenal Ruini afirmó que, a distancia de cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II, el Concilio aún espera una historia «non di parte ma di verità».

Además de la cuestión de fondo que acabo de señalar, Marchetto discute también otros asuntos de detalle, que sólo se comprenden en el contexto de la diatriba eclesiológica italiana. Por ejemplo, cuáles fueron los verdaderos protagonistas de la renovación conciliar. Según Alberigo, el cardenal Lercaro (de Bolonia) y el Prof. Giuseppe Dossetti, afirmación que es negada (o, al menos, discutida) por Marchetto en

muchas de las reseñas que ahora él reedita en su volumen.

No son obras homogéneas (Alberigo se ha arremangado la camisa entrando en los archivos y opinando sobre los documentos y sobre los hechos; Marchetto, en una posición quizá más cómoda, aunque no por ello menos arriesgada, critica los resultados que Alberigo ofrece), pero son, a la postre, dos obras importantes, sostenedoras, en definitiva, de puntos de vista contrarios, que no son ni cuestiones meramente eruditas, ni por supuesto indiferentes para la correcta interpretación del movimiento conciliar.

J.-I. Saranyana

Jorge M. AYALA, J. D. García Bacca. *Biografía intelectual (1912-1938)*, Ediciones Diálogo Filosófico («Colección Estudios», 1), Madrid 2004, 330 pp.

Este libro del Prof. Jorge M. Ayala, de la Universidad de Zaragoza, es un modelo de trabajo serio y documentado, sobre fuentes archivísticas de primera mano; una tarea encomiable de comprensión del ambiente y circunstancias del biografiado. Constituye, además, un excelente retrato del mundo eclesialístico español de entre guerras, y una bella y entrañable exposición de la vida de los claretianos en aquellos lustros.

Nació el Dr. Juan David García Bacca el 27 de junio de 1901 en Pamploná. Al cabo de siete u ocho años su familia se trasladó a Borja, al socaire del Moncayo, en Aragón. En 1911 murió su padre. Allí falleció también su madre en 1922. En 1912 Juan David ingresó como postulante en el colegio de Alagón que regentaban los claretianos, venerable congregación religiosa fundada por San Antonio María Claret en 1849. Perteneció a esa congregación hasta 1938, en que la abandonó. Como fugitivo de la congregación, desertando también de la Iglesia, se trasladó a Quito. Sólo al cabo de bastantes años (en tiempos de Pablo VI) se regulariza-

ría completamente su situación canónica. Permaneció todo el resto de su vida en América: principalmente en Ecuador y Venezuela, dedicado a la vida universitaria, hasta su fallecimiento en 1992, aunque le fue devuelta su cátedra en la Universidad de Barcelona después de 1975, pero ya sólo para cobrar la pensión. Al morir dejó unas *Confesiones*, que pretenden justificar su camino, tanto religioso como intelectual y político.

Alagón, Barbastro, Cervera (en la sede de la antigua Universidad borbónica, transformada en noviciado y escolasticado de los claretianos), y Solsona, donde ingresó en 1923 para terminar sus estudios teológicos, fueron sus primeros lugares de residencia. Sus calificaciones académicas fueron siempre las máximas. En Solsona comenzó a aficionarse a las matemáticas, que estudiaba por su cuenta.

En 1924 enfermó de tuberculosis pulmonar, debilitándose su organismo, lo cual no fue óbice, sin embargo, para que recibiera la ordenación sacerdotal en 1925. De Solsona pasó a Tarragona y de allí a Barcelona, siempre con la esperanza de recuperar por completo la salud. En Barcelona inició sus relaciones con un importante grupo neotomista y tomó contacto con otros círculos de estudiosos. En esos mismos años, quizá halagado por la confianza que le manifestaban sus superiores, y probablemente también por las conversaciones que mantenía con algunos colegas de Barcelona, comenzó a plantearse la posibilidad de ir a estudiar fuera de España. En agosto de 1927 emprendió su primer viaje a Múnich, al que seguirían otros dos, y finalmente uno algo más largo, en 1930, visitando París, Lovaina y Friburgo en Suiza. La personalidad filosófica de García Bacca ya estaba consolidada, por esas fechas, cosa admirable, dada su modestísima extracción social y la formación que había recibido en el noviciado, filosofado y teologado, pensada para la ordenación sacerdotal con vistas a la labor pastoral en misiones. El trabajo lo había hecho solo, con un tesón encomiable.

La riquísima correspondencia de García Bacca, estudiada por Ayala, manifiestan un lento, pero progresivo enfriamiento de sus ideales religiosos. No hay, en efecto, ni una sola referencia a temas espirituales en las abundantísimas cartas transcritas, sino sólo un halo de autosatisfacción por los progresos intelectuales realizados en el conocimiento de las matemáticas y de la lógica. La impresión es de una estrategia madurada poco a poco, que se lleva a cabo lentamente, con el apoyo de unos y otros, y el consentimiento de los superiores, que no advirtieron lo que se incubaba en el alma del joven sacerdote. Los años de profesor en el filosofado de Solsona no fueron óbice para que continuaran sus contactos con los colegas de la Universidad de Barcelona, dispuestos a ayudarle en sus propósitos, deslumbrados también por la capacidad intelectual del joven clérigo. Las grandes decisiones estaban quizá ya tomadas. ¿Podría haberse evitado la ruptura? Quién sabe. En todo caso, las responsabilidades son fundamentalmente de uno mismo, no deben echarse sobre las espaldas de los demás. Los superiores claretianos se portaron con él con un tacto exquisito, como se aprecia de la lectura de la correspondencia.

Todo lo demás (especialmente su compromiso político con la causa republicana al estallar la Guerra Civil española, madurado sobre todo en París, y su choque con la actitud corporativa de la congregación claretiana inclinada a la causa «nacional») pudo ser desencadenante, pero no la causa principal de su defección, al menos desde mi punto de vista. García Bacca tenía ya puesto su interés muy lejos del ideal misionero de su congregación, quizá desde 1934 o de antes. Es evidente que el asunto de Mons. Fidel Martínez, obispo de Calahorra, tuvo connotaciones muy graves entonces, pero habría sido igualmente explosivo en otro momento, porque nadie puede publicar las opiniones de una persona, valiéndose de su buena fe, inventando una entrevista periodística que no tuvo lugar. (Con todo, la ingenuidad del prela-

do fue asombrosa, en aquellas circunstancias bélicas tan dramáticas).

En definitiva, he aquí un libro para pensar, porque las reacciones del alma son imprevisibles y sus repliegues inescrutables. Sólo Dios ve en el hondón del espíritu humano.

J.-I. Saranyana

Luigi Michele DE PALMA, *Chiesa e ricerca storica. Vita e attività del Pontificio Comitato di Scienze Storiche (1954-1989)*, premessa di Walter Brandmüller, Libreria Editrice Vaticana («Atti e Documenti», 20), Città del Vaticano 2005, 400 pp.

Luigi Michele de Palma, responsable del archivo diocesano de Molfetta y docente de Historia de la Iglesia en la Pontificia Universidad Lateranense de Roma, acaba de publicar una excelente monografía en la que narra, sobre fuentes primarias hasta ahora desconocidas, los precedentes del Pontificio Comitato di Scienze Storiche (PCSS), su creación por Pío XII en 1954 y la vida de esta institución durante los mandatos de los dos primeros presidentes: Mons. Pio Paschini (1954-1962) y Mons. Michele Maccarrone (1963-1989).

Este ente, nacido para representar oficialmente a la Santa Sede en el Comité Internacional de Ciencias Históricas (CISH), conmemoró en 2004 sus bodas de oro (véase la crónica de Luigi Michele de Palma en AHIG 13 [2004] 391-393). Con motivo de tal efemérides, el PCSS encargó la redacción de una historia de la entidad al Prof. De Palma. De Palma no se ha limitado al estricto marco del mandato recibido, sino que lo ha desbordado, remontándose a León XIII que tanto se esforzó por romper el asilamiento científico que se cernía sobre la Santa Sede. León XIII abrió los archivos vaticanos a la comunidad científica internacional y puso la Biblioteca Vaticana a disposición de los estudiosos (1882-1883). Creó, además, una Comisión cardenalicia para los estudios históricos. Esta Comisión cardenalicia ha sido to-

mada como antecedente remoto del PCSS (así figura, al menos, en el *Anuario Pontificio*).

La presente monografía ilustra también las resistencias que León XIII tuvo que superar para poder desarrollar sus planes. La curia, en efecto, temía que los documentos se volvieran contra los intereses del Vaticano. Los muchos años de ataques inflingidos a la Iglesia por parte de la internacional liberal, había situado a la Iglesia en una posición defensiva, de modo que los curiales sólo concebían la historia en clave apologética. León XIII, por el contrario, no temía a la verdad. Esa misma resistencia, aunque muy ya debilitada, se mantuvo hasta el mismo momento de la creación del ente en 1954. Era una mezcla de reserva y temor, que, lejos de dispararlas, alentaba las suspicacias de la historiografía «laica».

La creación del PCSS sólo se precipitó después de largo estudio y maduración, con motivo del Congreso Internacional del CISH celebrado en Roma en 1955. Pío XII recibió en Castel Gandolfo a los congresistas y pronunció un importante discurso. El PCSS, que ya había tenido una destacada actuación en la preparación del congreso, ha mantenido desde entonces una actividad creciente, que De Palma analiza concienzudamente, basándose en la documentación que se conserva en el rico archivo del ente.

El gran protagonista del volumen es Mons. Maccarrone (1910-1993), primero secretario de 1954 a 1963, y después presidente, como ya se ha dicho, de 1963 a 1989, que desarrolló en esos años una extraordinaria actividad, compatible con su cátedra en la Pontificia Universidad Lateranense, la dirección de la «Revista di Storia della Chiesa in Italia» (1947-1993) y de «Lateranum» (1976-1980). Sus relaciones con el CISH en años sucesivos, las reuniones científicas promovidas (sobre todo lo que el autor denomina la «via storica dell'ecumenismo») y las contribuciones a la política histórico-cultural (por ejemplo la apertura del archivo de la Congregación del Índice) ocupan buena parte de este volumen, al que deberá seguir el segundo, con los mandatos de Mons. Victor Saxer, tercer